

Roberto Garretón, abogado de DD.HH.:

“Antes tenía una memoria brutal, pero la estoy perdiendo”

Tuvo un rol clave en la Vicaría de la Solidaridad y hoy vive su propia travesía para no olvidar. “No debemos dejar de preguntarnos por qué pasó, qué es lo que no hay que repetir”, dice sobre la dictadura.

Por Lenka Carvallo

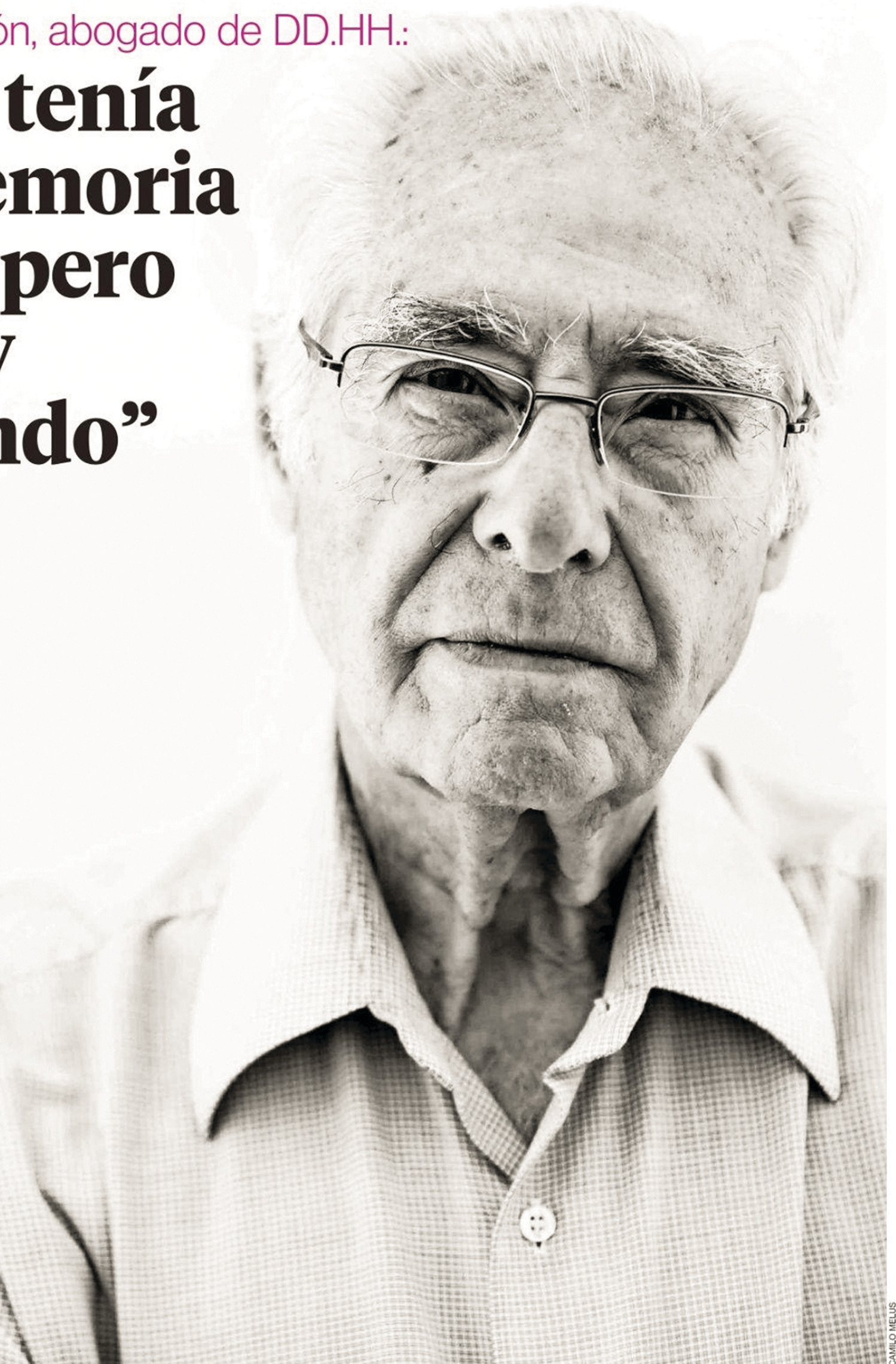
Roberto Garretón, uno de los abogados más reconocidos de Chile y el mundo en DD.HH., jefe jurídico de la Vicaría de la Solidaridad, parte del consejo directivo del Instituto Nacional de Derechos Humanos, integrante de la Mesa de Diálogo, entre otros cargos fundamentales de nuestra historia reciente, se empeña en recordar.

Sus ojos se achinan, se rasca ligeramente la cabeza, el típico gesto de quien busca desesperadamente un trazo que permita retomar el tema.

“Antes tenía una memoria brutal y la estoy perdiendo... Se me olvidan muchas cosas, aunque las importantes las tengo muy presentes”, advierte a sus 77 años, perfectamente lúcido. Son las lagunas las que lo atormentan y que de pronto se interponen en la conversación o le impiden recordar hechos recientes.

“No tengo otra que resignarme, y eso no es bueno, pero hay cosas que necesito decir antes de que sea tarde”, reflexiona.

Roberto Garretón lucha contra el olvido; el propio y el ajeno, el biográfico, el histórico, pero más que nada con el coti-



diano. Su teléfono suena, es su mujer. “Aló, dígame, sí, aquí la tengo —saca de su bolsillo una bolsita transparente con solo una pastilla en el interior—. Aquí la ando trayendo, gracias, sí, adiós”.

—¿Le pido un vaso agua, Roberto?

—No gracias, si la cosa es al revés: mi mujer me llamó para decirme que ¡no me la tome!

El archivo de la Vicaría

El abogado ríe, aunque el resto del tiempo se mantendrá serio. El hombre que junto a otras figuras de la Vicaría de la Solidaridad luchó por consignar ante los tribunales de justicia cada una de las desapariciones, las muertes, las torturas que se registraban en los tiempos más feroces de la dictadura, hoy teme a lo que pase cuando ya nadie quiera ni le importe recordar.

“Lo peor para un país es no tener memoria...”, advierte quien fuera uno de los primeros integrantes del Comité pro Paz y —dos años más tarde, cuando Pinochet ordenó su disolución— de la Vicaría de la Solidaridad, ambos surgidos a instancias del cardenal Raúl Silva Henríquez.

El titánico trabajo de este organismo dependiente del Arzobispado de Santiago quedó plasmado en un completo archivo, como un elocuente relato de las violaciones a los derechos humanos entre 1973 y 1990. Los más de 85.000 documentos —entre los que se incluyen copias de expedientes judiciales, recursos de amparo, denuncias internacionales, relatos de torturas, desapariciones forzadas— fueron declarados parte de la Memoria de la Humanidad por la Unesco.

Tras esa portentosa labor estuvo Garretón, al igual que otros grandes juristas como es el caso de José Zalaquett, hace años recluido en su casa debido a una enfermedad degenerativa, y otros que ya no están, como Andrés Aylwin, quien murió en 2018.

“Estoy desilusionado”

“Yo creo que la de acá fue una transición pretenciosa que no estuvo a la altura de los daños que se produjeron durante la dictadura”, sentencia este abogado. Agrega: “Si uno estudia lo que ha pasado en Alemania, ahí los jueces hicieron un trabajo fantástico. Aquí no hubo nada fantástico. Los únicos héroes, los fantásticos, han sido los empresarios. Y la clase política, en lugar de apoyar a los que luchamos por los DD.HH., les dieron el gusto. Estoy desilusionado. Yo pensaba que esta transición iba a ser más propueblo y no tan proempresarios”, declara.

Luego dirá: “Hoy el tema de los derechos humanos está olvidado, ya no se habla. Con mis amigos europeos tenemos la misma impresión: como que todos los países se pusieron de acuerdo; mira tú lo que pasa en Europa, en EE.UU., les está molestando este asunto...”.

—¿Cuál debiera ser el remedio para ese olvido?

—Que nuestra historia y la importan-

cia de los Derechos Humanos se impartan de forma obligatoria en todos los colegios, en todas las universidades. Es indispensable que se siga hablando de las cosas atroces que pasaron, como se ha hecho en Alemania, ¿has ido? Ahí nadie niega lo que pasó. Lo tienen muy presente. Pero en Chile nunca ha existido la voluntad, seguramente por una decisión política.

—¿A qué se refiere?

—A que hubo un acuerdo tácito entre todos los partidos políticos: “No hablemos más de estas cosas que molestan”. Aquí hubo gente que estuvo a favor de todos los crímenes, que cambió de valores... No debemos dejar de preguntarnos por qué pasó, qué es lo que no hay que repetir.

—Cuando habla de que hubo una “decisión política”, ¿alude a sectores de izquierda o de derecha?

—La derecha es lo peor en materia de Derechos Humanos; su proyecto es la plata, y la plata con los DD.HH. se topan.

—Desde ese punto de vista, ¿qué visión tiene del actual gobierno de Sebastián Piñera?

—Él es el estereotipo del “ganarlo todo”, me es insoportable Piñera. Pongo en la entrevista, por favor.

—Sin embargo, fue electo por una mayoría histórica.

—Eso fue por estupidez de la izquierda, porque se pusieron a pelear entre ellos, en cambio en la derecha en los momentos definitivos se ponen todos de acuerdo. Por eso ganaron. A mí los que más me gustan son los comunistas, los encuentro honestos, con buenas intenciones, están dispuestos a trabajar con las personas. En cambio los socialistas están por la pega. Y la derecha está por la plata. Publica eso también.

—¿Y la Democracia Cristiana? Usted fue militante de ese partido hasta que vino el golpe de Estado.

—Y al día siguiente del golpe me pasé para la oposición. Hasta hoy no podría volver a ser partícipe de la DC, un partido que llegó tarde al tema de los Derechos Humanos, salvo algunas pocas autoridades brillantes: Radomiro Tomic, Bernardo Leyton, me acuerdo, Hormazábal... personajes fantásticos. Al resto no le importó tanto el golpe.

—¿Y cómo ve a la DC hoy?

—¿Existe todavía?

—Dicen.

—La verdad es que yo no... ¿Qué tengo que ver yo con eso? Nada, nada. Están todos metidos en negocios. Y eso está alcanzando también al Partido Socialista, al Partido Radical y menos al Partido Comunista, pero también lo está tocando.

“El control preventivo a menores es una monstruosidad”

Garretón no está muy al tanto de las noticias, dice que no lee la prensa, que perdió el interés en la política. Eso no le impide opinar, por ejemplo, sobre el pro-



“

Hubo un acuerdo tácito entre todos los partidos políticos: “No hablemos más de estas cosas que molestan (las violaciones a los DD.HH.)”.

yecto de control de identidad preventivo para mayores de 14 años presentado por el Gobierno. El exintegrante de un grupo de trabajo de la ONU sobre la detención arbitraria abre los ojos y luego levanta, inquisidora, su ceja izquierda. “Una monstruosidad aquí y desde dónde se mire. Sin embargo, parece que a la gente no le importa que el Gobierno haga este tipo de cosas. La sociedad chilena ha delegado en los políticos sus causas, hay muy poco interés. La situación es grave”.

—¿No siente impotencia, inquietud ante este escenario en el que usted mismo diagnostica desidia política combinado con desinterés y poco cuidado por nuestra memoria histórica?

—Hice todo lo que pude y no me arrepiento. Sigo tratando de hacer cosas, pero estoy solo y ya no tengo la fuerza como para seguir hablando de las cosas que pasaron. Aquí está todo olvidado. Los que estuvimos en la Vicaría ya no tenemos la fuerza para seguir con esto. Y los otros grandes defensores de los derechos humanos fuera de la Vicaría, porque la Vicaría no lo era todo, hoy son abogados de las grandes empresas y les va bastante bien, son millonarios...

—¿A quiénes se refiere?

—No, no te voy a dar nombres, para qué. Son abogados que trabajaron fantástico por los DD.HH., grandes amigos, pero se desinteresaron del tema, se olvidaron. Eso es lo que pasa.

“

La transición no estuvo a la altura de los daños que se produjeron durante la dictadura. En Alemania los jueces hicieron un trabajo fantástico. Aquí no”.